Palabras liminares

En una introducción, se sabe, deben incluirse la explicación del plan de trabajo desarrollado y la fundamentación de los motivos que han llevado a elegir un tema en particular. No obstante, en pro de un ideal de objetividad, suelen omitirse algunos elementos cruciales para la investigación. Porque en la elección de un tema al que uno va a dedicar muchos años y esfuerzos, y en el itinerario recorrido confluyen, además de los intereses inherentes al tema, las perspectivas teóricas y las posibilidades de aplicaciones ulteriores, factores no menos decisivos aunque más dificiles de definir o evaluar: el azar que nos lleva a veces a «encontrarnos» con un tema, las complejas condiciones que vuelven fascinante el diálogo que tratamos de entablar con ciertos obras o autores, las personas que de diversos modos nos acompañan y dejan también su huella en nuestro camino.

Hablando de los textos medievales, Paul Zumthor señaló la insalvable encrucijada de su doble historicidad: la del momento en que fueron concebidos, la del momento en que son leídos. Creo que en un trabajo de investigación existe una tercera historicidad, mucho más subjetiva, que es justamente el punto de encuentro entre el investigador y su tema. Si debo ser sincera, el primer motivo de mi elección pertenece a esa esfera subjetiva. La idea de comparar a Francisco de Quevedo y François Rabelais se la sigo agradeciendo a quien me la sugirió, mi primera directora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la Argentina, la profesora Celina Sabor de Cortazar, maestra inolvidable a cuya memoria deseo rendir homenaje en estas líneas. Pero la única respuesta a por qué esa sugerencia se convirtió en un trabajo que he seguido desarrollando durante mucho tiempo y que no he abandonado, pese a múltiples interrupciones y dificultades de variadísima índole, está en ese punto de encuentro que hace que la lectura de ambos autores me haya fascinado y me siga fascinando aún. Por eso, aunque quizás escape a los usos y costumbres académicos, quiero hacer constar mi gratitud a Maître François Rabelais y don Francisco de Quevedo, cuyas deslumbrantes páginas me han llevado a reflexionar y seguir interrogándome sobre mucho más de lo que una tesis puede contener.

Muchos han sido quienes en el extenso y a menudo accidentado curso de mi investigación me han acompañado de distintas maneras. La doctora Ana María Barrenechea, que pasó a dirigirme como becaria del CONICET luego del fallecimiento de la profesora Cortazar, me dio un estimulante lugar de trabajo en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso» de la Universidad de Buenos Aires. De esos tiempos data la profunda amistad que me une a Emilia I. Deffis que, tantos años después, ha sabido guiar, con el sensible equilibrio de su rigor profesional y su cariño, los pasos que me permitieron concretar mi tesis. En ese marco, el encuentro con colegas, en especial María Inés Palleiro, Élida Lois, Alicia Parodi y María Teresa Pochat, me brindó no solo el aliciente del intercambio intelectual sino también el de su afectuoso aprecio.

Desde el exterior, me ayudaron, enviándome materiales en épocas en que el acceso a la bibliografía en mi país era bastante difícil, Mills F. Edgerton, Marcel Tetel, Lía Schwartz-Lerner, Madeleine Lazard, James Coleman y Christine Scollen-Jimack, y me apoyaron con su generoso interés por mi labor Guy Demerson, Jüri Talvet y Maria Luiza de Carvalho Armando. Deseo agradecer también a Lidia Amor, que colaboró conmigo en el dictado de seminarios sobre Rabelais en la UBA, y a los estudiantes que participaron en ellos, en especial a Susana Caba, sus comentarios, que fueron fuente de entusiasmo y reflexión. Mi gratitud también a los compañeros de la Asociación Argentina de Literatura Francesa y Francófona que me alentaron a seguir adelante, en particular las recordadas Lidia Moreau y Blanca Escudero de Arancibia.

A Jorge Binaghi, sucesivamente profesor, colega y amigo, le debo no solo el epígrafe de Sófocles, sino sobre todo el ejemplo de las clases en que logró transmitir su pasión por la literatura clásica a un inquieto auditorio adolescente que tuve la suerte de integrar. A Maite Alvarado, colega y amiga excepcional que perdimos demasiado tempranamente, le debo preciosas horas de diálogos exquisitos, entretejidos de lecturas, juegos y vida. A mi tía, Martha Maillie, le debo, entre muchas otras cosas, el amor por la lengua y la cultura de nuestros mayores. A Ignacio Arellano le debo haber hecho realidad la publicación de este trabajo. Por motivos no menos importantes pero que no pueden resumirse en estas líneas, va mi agradecimiento a Elba Izarduy, Carlos Gondell, Eduardo Gandolfo, Gerardo Artal y Gabriel Aisemberg.

Y como las raíces más poderosas son las que se arraigan más profundas, sé que nada habría sido posible sin el amoroso cuidado con que mis padres supieron estimularme desde el principio; sin mi hermana Alicia, lúcida interlocutora a cuya prematura ausencia no he logrado habituarme; sin la ternura de mi hija, Micaela.